

V/57?

# José E. Rodó, el Viajero

\* El miércoles se cumplieron cuarenta años de la muerte de José Enrique Rodó en Palermo (Italia). En esas cuatro décadas la fama del gran escritor nacional ha oscilado peligrosamente: de la devoción ciega e inflacionista del primer momento (la apoteosis del héroe) hasta una negación no menos ciega y enconada con que hombres de otras generaciones lo juzgaron sin leerlo o habiéndolo leído prejuiciadamente. Desde hace algunos años, el ditirambo y la censura han sido sustituidos por el análisis mesurado y erudito de su obra y de su vida. Ya es un hecho de nuestra historia cultural y aunque por eso mismo (por la proyección y peso de su figura sobre la cultura nacional) deba suscitar y suscite apasionadas revisiones, Rodó debe estar inmune de todo juicio superficial, de todo examen improvisado.

Como homenaje a su memoria en esta cuarta década del aniversario de su muerte parece oportuno publicar estas páginas que pertenecen a una obra más extensa, en preparación, y en las que se intenta sintetizar la última etapa de su vida y de su obra a la luz de una documentación relevada en distintas fuentes. La crónica de los últimos meses de la vida de Rodó puede realizarse ya sobre la base de la información que suministra su propia obra (atentamente leída), su correspondencia particular y el testimonio de quienes vivieron junto a él y registraron encuentros, entrevistas y opiniones. La historia que surge de estas fuentes testimoniales es la de un hombre que escapa de la hostilidad y el encono de su patria, buscando "OXIGENAR" su alma en Europa y encuentra entre las ruinas y el arte del viejo mundo una soledad que lo va preparando para esta historia de un viajero solitario.

## ★ FUIR, LA BAS, FUIR

Muchos son los motivos que impulsan a Rodó, hacia 1916, a intentar el viaje como salida de una situación asfixiante. Un gran descreimiento que va poco a poco minando su personalidad íntima y toca hasta los mismos fundamentos de su obra, de perfil y sustancia tan optimista. Tensión y la sordidez que adquiría, progresivamente, la lucha política nacional en la que estaba tan comprometido Rodó por su carácter de colorado antibatllista y anticolegialista (otro Batlle, otro Colagiado); la estrechez económica de su vida que se había ido acentuando, año a año, y que lo echaba en manos de usureros o le hacía volcar sus energías en el periodismo como única solución práctica.

Rodó se debate agónicamente. Piensa, en un primer momento, en trasladarse definitivamente a Buenos Aires que ha sido refugio de tanto uruguayo golpeado por la ingratitud o la indiferencia de la patria. Pero debe desechar la idea. Una vez más el viaje a Europa se impone como única solución, ya que no se trata sólo de huir de una realidad sordida sino de recuperar el sentido de la verdadera realidad, hundiéndose en las fuentes.

Trata entonces de poner en práctica una terapéutica que, como teoría, había recomendado en *Motivos de Proteo* (capítulo LXXXVII). En el viaje encuentra Rodó una forma de ese renovarse que considera clave de la formación irrecusable de la personalidad: "La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse". Y más adelante agrega: "La expatriación de los viajes es, por eso, antídoto supremo del pensamiento rutinario, de la pasión fanática, y de toda suerte de rigidez y obcecación".

El proyecto del viaje a Europa había sido considerado morosamente por Rodó mientras escribía *Proteo*. En una carta a su dilecto amigo Juan Francisco Piquet (setiembre, 1904) había balanceado lo que pensaba extraer del viaje. Se imagina y presenta allí, con *Proteo* bajo el brazo, lanzando su alma a los cuatro vientos, escribiendo en las mesas de las posadas o en los vagones del ferrocarril, errante y sin raíces. "Así me veo en el porvenir, especie de personificación del movimiento continuo, alma volátil, que un día despertará al sol de los climas dulces y otro día amanecerá en las regiones del frío Septentrion —para quedar, por fin, extenuada de tantas andanzas, quién sabe adónde; alma andariega como una moneda o como una hoja seca de otoño, sin más habitación que la alcoba del hotel o el camarote del barco, sin más muebles propios que la maleta de viaje, sin más domicilio constante que el mundo, sin más nostalgia que la de los tiempos en que había una Atenas viva en la tierra..."

Pero en este mismo instante, como en toda su acción íntima, se levanta del papel otra imagen de sí mismo, otra imagen que lo representa no menos fielmente que ese afán, imposible, de perpetua mudanza. Y en-

tonces escribe: "...hay veces que estas veleidades de nómada tienen que luchar dentro de mi corazón con otros proyectos y tentaciones; y hay una voz íntima que suele decirme por lo bajo: "Radicate; echa raíces en tu tierra; zambúllete de cabeza en este pozo; pon lastre a tu carga para evitar los caprichos de alzar el vuelo. El ideal de la vida está en tener una choza propia; en constituir una familia; en esperar en santa paz el desvanecimiento de esta gran ilusión que llamamos vida, al abrigo de la borrasca, junto al fuego del hogar tranquilo y alegre". Pero esta voz dura poco, y prevalece la otra, la que me aconseja el movimiento continuo. Lo indudable es que llegando a cierta altura de su vida el hombre ha menester decidir su destino, en un sentido u otro. Vegetar no es para hombres que se estimen. No quiero permanecer estacionario en este ambiente enervador. La reputación que he conquistado con mis esfuerzos tiene para mí más de asiento que de término o meta".

Pero debió esperar hasta 1916 (casi doce años después de escrita esa carta) para poder desarraigarse, para intentar la gran terapéutica del viaje. El viaje a Europa, esa aventura que lo devolvería "como una moneda o como una hoja seca de otoño" a la fragua original, va a asumir por obra del destino un sentido mucho más literal de lo que él podía suponer al trazar esas líneas proféticas.

Rodó no ha de encontrar en el Uruguay la solución para el viaje. De Buenos Aires, y tal vez como resultado de discretas gestiones suyas en que intervino su íntimo amigo el Dr. José María Lago, le llega el ofrecimiento de visitar el viejo mundo como corresponsal extraordinario de la revista argentina *Caras y Caretas* que se encontraba entonces en su época de mayor desarrollo. Había publicado, a partir de 1912, la autobiografía de Darío, especialmente redactada para su publicación en serie. Y ahora conquistaba para sí, en exclusividad, la pluma de Rodó. En carta a su íntimo amigo Juan Antonio Zubillaga (junio 19, 1916) aquél sintetiza los términos del contrato y lo que significa para él, primariamente, el viaje: "Mi compromiso es escribir tres correspondencias al mes, que se me retribuyen con 650 nacionales, o sea 250 oro uruguayo. Dentro de breves días estaré, pues, lejos de la patria y de Batlle..." (Este agregado no requiere mayor comentario).

La asignación, se ha dicho, era mezquina. La revista ha hecho constar (en su edición de mayo 12, 1917) que los términos del contrato fueron redactados espontáneamente por Rodó lo que es muy creíble. Rodó era, por otra parte, sobrio hasta el olvido de las más elementales comodidades. Y sus propios familiares han declarado (en el prólogo a los *Últimos Motivos de Proteo*, 1932) que la asignación "bastó para cubrir con holgura todos sus gastos, y hasta le permitió adquirir algunos objetos de arte destinados a su familia, que llegaron en su equipaje". También puede agregarse que entre sus bienes se encontraron algunos miles de liras.

## ★ UNA OLA DE VERGÜENZA

Cuando se anuncia en Montevideo que Rodó parte al fin a Europa y como corresponsal de *Caras y Caretas* se produce un movimiento general de vergüenza. Todos sienten el ridículo de que el mayor escritor nacional deba ir a Europa como periodista. "Si yo fuera argentino o chileno habría ido a Europa veinte veces, porque en esas vecindades se cotiza un poco más la representación de ciertos nombres...", había escrito con dolor en 1914. De inmediato se elabora un proyecto que es presentado al Senado y en el que se propone la fundación de una Cátedra de Conferencias para Rodó. Algunos años antes ese mismo proyecto había sido puesto en marcha pero había encontrado la oposición del gobierno batllista que vetó el nombre del escritor aunque apoyó la candidatura complementaria de Carlos Vaz Ferreira. Ahora, el movimiento de la opinión se manifiesta ampliamente a favor suyo. La Cátedra implicaba, es claro, la renuncia al viaje.

Desde El Plata y por medio de una carta abierta que se publica en julio 6, 1916, Rodó agradece la gestión y aclara en forma terminante que "cualquiera que sea la suerte reservada al proyecto, mi candidatura para ejercer la nueva cátedra debe considerarse absolutamente eliminada, pues, aún suponiendo que existiera la posibilidad de esa designación, quedaría sin efecto por mi irrevocable voluntad de no aceptarla". Este digno rechazo es una lección. Rodó no está dispuesto a aceptar limosnas ni tardías reparaciones. Prefiere seguir siendo sólo un periodista, al margen del favor oficial, y libre.

## ★ LA SOMBRA DE GOETHE

Ya está resuelto el viaje; queda fijar el itinerario. En algunos apuntes que trazó hacia 1905 la ruta europea empezaba en Madrid y de allí pasaba a Salamanca, Oviedo, Sevilla, Valencia y Barcelona; de España pasaría a Italia y de Italia a Francia y, en una breve visita, a Inglaterra. Ahora rectifica en algunos detalles el lejano y retocable itinerario. Se reduce en mucho el paso por España, se dilata en cambio la estadía en Italia, la cuna de la cultura latina.

Es posible encontrar en una página de *Motivos de Proteo* (capítulo XCV) el motivo profundo de esta preferencia. Se refiere allí a los viajes y a su influencia en la formación de la personalidad. Entonces dice: "Aun más hermoso ejemplo es el de Goethe, transfigurado por el mismo espectáculo del arte y la naturaleza de Italia. En el constante y triunfal desenvolvimiento de su genio, esta ocasión de su viaje al país por quien luego hizo suspirar a Mignon, es como tránsito glorioso, desde el cual, magnificado su sentimiento de la vida, aquietada su mente, retemplada y como bruniada su sensibilidad, llega a la entera posesión de sí mismo y rige con firme mano las cuadrigas de su fuerza creadora. Cuando, frente a las reliquias de la sagrada antigüedad y abierta el alma a la luz del Mediodía, reconoce, por contemplación real y directa, lo que, por intuitiva y amorosa prefiguración, había vislumbrado ya de aquel mundo que concordaba con lo que en él había de más íntimo, es la honda realidad de su propio ser la que descubre y la que, desde entonces, prevalece en su vida, gobernada de lejos por la serenidad y perfección de los mármoles, limpia de vanas nieblas y de flaquezas de pasión".

Cuando escribe esas líneas ¿no estará pensando en sí mismo y en su proyectado viaje, ese impulso de oxigenar el alma en Europa de que habló en 1904 a Unamuno? ¿No habrá esperado que para él también cumpliera Italia el milagro de la entera posesión de sí? Pero sí el milagro le parecía necesario entonces, en esa

primera década del siglo en que la fama de Ariel y el favor oficial lo acunaban, cuánto más necesario no sería en este año de 1916 en que realmente planea y realiza el viaje. Rodó ya estaba en un punto de su vida en que sólo el milagro de una transformación completa de vida y horizontes podía salvarlo. El viaje parece esa salvación, aunque también implique otra cosa.

Una nota publicada en El Plata (julio 8, 1916) anticipa el itinerario definitivo: Lisboa, España, mediodía de Francia, Italia (una larga temporada), Suiza, Francia, "a fin de fijar su residencia en París y consagrarse allí, de lleno, a su labor literaria", según comunica el periódico. El sueño de la consagración parisina, tan tenaz en todo literato hispanoamericano desde los días del deslumbrante triunfo de Rubén Darío, había alcanzado también a Rodó que no necesitaba sin embargo de otra consagración que la de su América.

## ★ PRIMER ENSAYO DE APOTEOSIS

El homenaje nacional que se le debía desde hacía tantos años tomó forma en pocas semanas. Muchos viejos amigos, y algunos que pronto descubrieron amistad por él, decidieron organizar una despedida apoteósica. Una Comisión de Honor (creada por estudiantes e integrada por lo mejor de la intelectualidad uruguaya) redacta una citación para el día 13 de julio. En ella afirma: "Porque plasmó en 'Ariel', para la juventud, el sermón laico de la más alta idealidad para que sea su América algo más noble que una rebañega agregación de civilizaciones sin espíritu y pueblos sin virtud; porque en 'Motivos de Proteo' reiteró, desde una tribuna universal, el fervido optimismo de su predicación, por el ahincado cultivo de la vocación y de la individualidad, que son quizá el más alto postulado de su evangelio personal y social; porque en 'El Mirador de Próspero', libre ya en parte de una 'misión' que transmitir, aunque siempre docente por su devoción de la hermosura, paseó su vista prócera por el vasto universo, tendiéndola doquiera halló un modelo que mostrar, una intención que recoger, un bello esbozo que exhibir o una injusticia que acorror; porque, sin alarde ostentoso, arrojó su ideal en la gala magnífica de sus obras eternas que hacen dudar, en el delirio de la forma, si es pensamiento o es de mármol; porque en sus libros y en su acción se reconoce su país natal y adquiere, por el más encumbrado título, personería en el concierto de los pueblos creadores y civilizadores de la humanidad; porque fue en todo tiempo, caballero de punta en blanco y acrisolado maestro, y ciudadano sin tacha, periodista de ideas, y parlamentario con dignidad, el Comité Estudiantil que suscribe, poseído sólo por un alto sentimiento de reconocimiento nacional y exento totalmente de animadversiones que no caben en su pecho, invita como un deber al mismo tiempo que un honor, a despedir al señor José Enrique Rodó, pensador y prosista, que parte para Europa".

El 12 de julio los amigos más íntimos le ofrecen un banquete en la Confeitería Jockey Club, donde solían reunirse habitualmente a tomar café y conversar. El menú, especialmente, impreso para la ocasión, contiene alusiones a su obra: Parfait Ariel, Gateau *Motivos de Proteo*. Al día siguiente se organiza un homenaje en el Círculo de la Prensa, cuyo primer presidente fuera; allí lo despide Víctor Pérez Petit en nombre de la comisión directiva. En la calle lo espera la multitud convocada por el manifiesto. Rodó fue largamente ovacionado.

En la mañana del 14 de julio amigos y conocidos y simples admiradores lo acompañan al Amazon, barca inglés en que viajará hasta Lisboa. Una crónica periodística de la época,

# Solitario y Silencioso

publicada en El Plata (julio 15), informa de algunos incidentes de la partida: "Numerosísima concurrencia acompañó a Rodó en la mañana de ayer, hasta a bordo del transatlántico inglés "Amazon", que lo conduce a Europa. Momentos antes de zarpar el vapor, que salió a las diez aproximadamente, un grupo de los amigos más íntimos del maestro le ofreció a bordo una copa de champagne, formulando votos por la obra futura del autor de "Ariel" (...) Después de haber largado amarras el transatlántico, sus amigos obtuvieron que se les proporcionara un vaporcito para alcanzar el "Amazon" mientras no saliera mar afuera. Como el transatlántico había sacado ya una ventajita bastante considerable, se le avisó con unas pitadas deteniéndose por breves momentos hasta dar tiempo al vaporcito a que lo alcanzase. Así fue que sus amigos pudieron marchar por un tiempo de hora y media al costado del barco en donde iba Rodó, quien desde la borda saludaba con emoción esta última despedida cariñosa".

Era la última vez que veía las cosas de su patria y las formas de su universo familiar.

## ★ EL MUNDO TAL COMO ES

El Amazon partió de Montevideo el 14 de julio de 1916. Llegó a Santos el 17; al día siguiente está en Río de Janeiro. Rodó pudo conocer entonces directamente la hermosa bahía de Guanabara cuya visión había evocado su fantasía en un discurso inédito. Algunas palabras del mismo se deslizan nuevamente bajo su pluma en la crónica en que intenta comunicar a los lectores de Caras y Caretas las primeras impresiones de viaje: "Como maravilloso simulacro de las nubes, se levanta en el horizonte la bahía de Río Janeiro. No hay mejor espectáculo para quien llega iniciado por el mar en la visión de lo grande y lo majestuoso. Si cabe fijar en una parte el pórtico de un mundo, éste es el pórtico de América. Esas sublimes líneas de montaña; esas lujuriantes guirnaldas de bosque, esas inmensas y armoniosas curvas de playa, sugieren la idea arquitectónica de un mundo que se abre, de un continente que compendia su infinitud y su carácter en un aspecto capaz de ser abarcado con los ojos. Por este arco triunfal debió penetrar a la Atlántida soñada, para consagrarse en la historia, el genio latino. Aquí, aquí y no en otra parte, debieron tocar las carabelas de la sublime aventura, y plantar el pendón primero y la primera cruz".

De la idea a la imagen, de la imagen a la idea. Ya había explicado él mismo ese doble sistema circulatorio que abraza y explica su prosa. Aquí, frente al espectáculo deslumbrante de la tierra, el mar y el cielo, Rodó medita más que observa o describe. No como un paisajista, sino como un pensador, ve el mundo. Sus crónicas de viaje contendrán elementos descriptivos, visiones concretas, pero en ellas siempre lo descriptivo cederá el paso a la reflexión o será el apoyo de la reflexión — como pasa con las imágenes (metáforas, cuadros, parábolas) de sus libros mayores —

El 21 está el barco en Bahía que le parece un Montevideo de los trópicos (en tarjeta al Doctor Lago se refiere concisamente al "riguroso calor") y cuyas palmeras lo sumen en clásica meditación. Después de tocar en Recife, la nave atraviesa el océano: llega el 27 a la isla de San Vicente, en el grupo de las de Cabo Verde, y el 1º de agosto desembarca en Lisboa, es decir: en Europa. No describe la ciudad, una de las más bellas y armoniosas del viejo mundo, pero sí cuenta su visita al Presidente, D. Bernardino Machado, en una entrevista para el periódico en que examina graves cuestiones políticas.

De Portugal pasa, casi de incógnito, a Madrid donde no se encuentra con Cristóbal de Castro y se encuentra sí con su amigo epistolar Juan Ramón

Jiménez en rápida visión que el poeta andaluz ha evocado, mucho después, con estas finas palabras: "Rojo y oscuro de conjunto, confuso en su acentuación sanguínea, corpulento, vigoroso tronco americano. José Enrique Rodó se levantó brusco y recto de su butaca. El buen amigo nos presentó. ¡Qué sorprendente imprevisión la mía! ¡Qué ajeno yo, aquella radiante mañana madrileña, de que Rodó estaba "esperándome" sin saberlo yo, en la redacción de "España", calle del Prado, entonces presidida por José Ortega y Gasset y "Figaro". ¡Qué ajeno de que aquella belleza alta, pura, esmaltada, verdeazul de aquel Madrid de fronda y granito cercanos rodeaba con magnitud solemne de mausoleo a un hombre que era para ellos necesario y que llevaba ya en su sangre dinámica su permuta definitiva; de que aquel rincón de museo, de botánico, de academia, había enviado ya el mensaje de aviso y cesión a sus iguales de Florencia; de que un mar, una tierra atlánticos propios del peregrino se le quedaban a Rodó, del todo y para siempre, a la espalda!"

No se detiene casi en Madrid. El 8 llega a Barcelona, la tierra de sus padres y sus antepasados y a la que describe en una crónica minuciosa. El viaje de Madrid a Barcelona, en tren y durante el calor de un día de agosto, le suscita una pequeña referencia de carácter personal: "Después de rápido paso por la corte, y de un viaje en ferrocarril que me hace pensar, con envidia profética, en los que burlarán a los calores del futuro viajando en aeroplano, llego una tórrida noche a Barcelona, la ilustre y hacendosa ciudad, raíz de mi sangre y objeto siempre para mí de estimación y simpatía, que acrecentaban mi deseo de verla".

Recordando solo la ciudad, va anotando las cosas que más le llaman la atención; entre ellas descubre en una tienda su apellido "y por vez primera aprendo a pronunciarlo bien... Parece ser, según me explica concienzuda y prolijamente mi homónimo, que, en buena prosodia de esta lengua, la primera "o" no suena como la clara y neta vocal castellana, sino de una manera que participaría de la "o" y de la "u". Agradezco la revelación de mi homónimo, y pienso cuán cierto es que cada hora trae su enseñanza". La vieja tierra natal parece despertar en él un inusual apetito por las cosas: no se cansa de anotar y comentar sus apariencias, sus formas y colores, examina seriamente el problema del nacionalismo catalán (al que dedica dos artículos). Sus crónicas de Barcelona lo muestran como el viajero ideal: el cuaderno en una mano, el lápiz en la otra, infatigable, curioso observador.

Pero no se queda mucho en España, a pesar de todo. Tal vez en su itinerario la madre patria ocupaba originariamente más espacio. En aquel borrador de 1905 al que se ha hecho alusión proyectaba visitar no sólo Madrid sino también Salamanca (a ver a Unamuno), Oviedo (a ver a Altamira y Posada), Sevilla (a ver a Rueda), Valencia (a ver a Blasco Ibáñez), Barcelona, la tierra natal. Pero la realidad altera sus planes: Rodó llega en pleno verano europeo, y como él mismo observa en Barcelona: "Aquí, como en Madrid, el rigor del verano mantiene fuera de la ciudad a la mayor parte de la gente de letras". De manera que no habrá tertulias tentadoras, encuentros ilustres, salvo los casuales como con Juan Ramón; tampoco habrá largas conversaciones con escritores a los que había tratado (y tanto) por carta. Rodó continúa viaje a Italia, prometiéndose volver (como testimonia una tarjeta coetánea a Cristóbal de Castro). No sabe, no puede saber, que su viaje es de idea únicamente.

## ★ UNA SONRISA MANSA

El 12 de agosto pasa por Marsella, que le impresiona por su actividad y cuyos barrios bajos visita; el 17 está

en Génova. Allí lo encontró Juan José de Soiza Reilly, periodista uruguayo, y dejó esta imagen de él: Estaba en una pieza de hotel. Una habitación muy humilde, muy triste... Recuerdo que después de visitarlo fui a un café y escribí dos líneas a Orestes Baroffio. Le narré, con asco, la situación de olvido en que Rodó vagaba por el mundo... "Caras y Caretas" no le mandaba dinero. Debíanle varios meses. Estaba detenido en Génova por falta de fondos para pagar la cuenta del hotel... ¡Pobre Rodó! Me contó la tristeza con que había abandonado Montevideo: "Si me hubiera quedado allí — me dijo — me muero de hambre". Yo me asomé. "¡Pero no había en Montevideo millonarios patriotas que le encargaran un libro sobre la patria, a fin de que usted no se alejara de Montevideo?" Bajó los ojos, muy triste. Y en seguida me miró sonriendo mansamente."

Este curioso testimonio contradice expresamente lo declarado por los hermanos de Rodó en el prólogo de los Últimos Motivos de Proteo. Por otra parte, el periodista uruguayo no es insospechable de exageración y aun de sensacionalismo. Ya en una nota sobre Julio Herrera y Reissig lo había presentado como morfínmano. En él se daba un gusto por la revelación de ribetes escandalosos unido a una mentalidad naturalmente melodramática. No cabe duda de que la entrevista ha ocurrido pero indudablemente no pudo tener los tonos que Soiza Reilly le asigna. Tal vez Rodó habría decidido alojarse en un hotel de segunda categoría por motivos estrictamente ocasionales; es posible incluso creer que por alguna demora en el envío o entrega de su asignación (Italia estaba en guerra entonces) se haya visto temporalmente sin fondos, o con escasos fondos.

Pero de ahí a aceptar la imagen de un Rodó confesional y patético, abriendo su intimidad al primer llegado, hay un largo trecho. Es posible que Soiza Reilly recompusiera luego en su imaginación y sobre el papel un diálogo en el que Rodó, enmarcado en la habitación de un hotel de segundo orden, se refiriera a la necesidad en que se halló de abandonar el Uruguay, y aludiera, con discreción, al compás de espera que determinaba en aquel instante alguna demora en la recepción de su mesada. El

resto (la pregunta altisonante sobre los millonarios patriotas y uruguayos, los ojos tan tristes y la sonrisa mansa de Rodó) deben correr sin duda por cuenta exclusiva de su imaginación febricitante.

## ★ LAS PRIMERAS SEÑALES

Desde Génova se traslada Rodó, enfermo, a Montecatini, estación termal. Por una receta de diuretica que se ha encontrado entre sus papeles se ha encontrado a conjeturar que tenía algún trastorno de las vías urinarias lo que algunos (con crudo sentido del escándalo) han tratado de vincular con trastornos en la función sexual. No es posible pronunciarse sobre este asunto con la información de que se dispone actualmente. Toda esta zona de la vida de Rodó, que él preservó con tanto pudor hasta de la mirada amistosa, está reservada para investigadores futuros. Desde Montecatini escribe algunas tarjetas a amigos y familiares, pero no redacta ningún artículo para Caras y Caretas, lo que cabe considerar como índice de su indisposición de ánimo.

No se demora mucho en la ciudad termal; de allí parte en una recorrida que abarca Pisa, Liorna, Duca y Pistoia, ciudades cuyos variados caracteres examina en una crónica de viaje de las más sabrosas. Se desliza allí, en la evocación de tanta grandeza pasada y ruina presente, una mención a la patria lejana. Al referirse a las playas de Liorna apunta con visible orgullo: "muy hermosas, aunque no bastan para conquistarme a mí, de la margen oriental del Río de la Plata". En la misma crónica (Recuerdos de Pisa, noviembre 18, 1916) refiere una anécdota de carácter personal: su encuentro con un grupo de jóvenes estudiantes americanos que viene a aliviar su soledad de viajero silencioso.

"Noble es la tristeza de Pisa, pero por noble llega más a lo hondo del alma; y como penetrado del llanto de las cosas — "sunt lacrimae rerum" — empezaba a sentirme excesivamente melancólico, cuando he aquí que, de vuelta a mí alojamiento, me envuelve de improviso una onda fervorosa de juventud, de alegría, de entusiasmo y de patria. Es un grupo de jóvenes venezolanos, que siguen en esta ilustre Universidad sus estudios de medicina y que, conocedores de mi presencia, me forman para mis restantes

## IMPORTANTES OBRAS

### OFRECE LIBRERIA SUREÑA

BRUNOT, F.	La Pensée et la Langue
BALLY, Ch.	Linguistique Générale
COHEN, M.	Grammaire et Style
MAROUZEAU, J.	Notre Langue
ASSIMIL	El Francés sin Esfuerzo
CESTRE, Ch.	La Littérature Américaine
LE GENTIL, G.	La Littérature Portugaise
PARAF, P.	Anthologie du Romantisme
GILLES, B.	Voltaire Son Temps-Sa Vie-Son Oeuvre
MAGNY, C.	Histoire du Roman Français
CASTEX, P.	Le Conte Fantastique en France
BULTMANN	Interpretation du Nouveau Testament
LE ROY, E.	Introduction a l'Etude du Problème Religieux.

DE NUESTRA DISTRIBUCION EN EXCLUSIVA ACABA DE APARECER

FREIRE, T. J. Sófoeles, Edipo-Tirano, Antigona. Versión, prólogo y notas. Editado por "Sintesis" Col. Autores Clásicos.

Pedidos Individuales a Todo el Mundo

Envíos Contra Reembolso

S. A. PRODUCTORA ARTISTICA SUREÑA

Palacio Salvo-Subsuelo

Teléfono 9 05 27

(Viene de la pág. anterior.)

horas de Pisa, el más afectuoso y grato acompañamiento que yo hubiera podido imaginar. "Arielizamos" en obremesa platónica; recordamos largamente la América lejana y querida, y les oigo, con íntimo deleite, sobre aquel fondo de grandezas muertas, le rariar los castillos de las tierras de porvenir".

Este pequeño alto en la solitaria senda del viajero ha sido, sin duda alguna, uno de los momentos más luminosos de su viaje a Europa. Porque Rodó, aunque amaba intelectualmente a las cosas del viejo mundo establecido, demasiado hundido, ideal y entrañablemente, en el nuevo mundo como para que no le pesaran la soledad personal y la presencia opresiva de tanta grandeza enterrada. Es un viajero sensible pero incurablemente melancólico el que recorre Italia, un viajero para el que tarda en realizarse ese milagro que renovó a Goethe, el milagro que secretamente espera cada día.

El 1º de octubre está ya en Florencia, donde se detiene casi un mes y desde donde escribe una de sus páginas más elaboradas, el hermoso *Diálogo de Bronce y mármol*. Allí el nuevo estilo de las crónicas de viaje — más ágil e impresionista, más variado, mezclando la descripción con el pensamiento reflexivo, la observación objetiva con el rasgo autobiográfico — se vuelve hacia las cadencias ya fijadas para siempre de la prosa de Ariel y *Motivos de Proteo*: es el Rodó estatuario y parnasiano el que ordena estos períodos. También de Florencia es otro texto de la misma índole e inspiración: Y bien, formas divinas . . . que el propio autor acepta: "Pensado en la "Sala de la Niobe", de la Galería de los Oficios". Estas páginas dan el Rodó turista de museos y galerías, el Rodó que intenta alcanzar las raíces del mundo occidental como una forma superior de la educación estética. Pero dejan intacto el otro Rodó, el que debía haberse integrado (como lo hizo Goethe, insistió) en la corriente vital italiana que continúa fluyendo fuera y al margen de sus monumentos.

Después de esta primera escala en el mundo del pasado, Rodó continúa recorriendo la península hacia el norte: Módena, Bolonia, Parma y Milán con los siguientes puntos de su escala. En esta última ciudad lo ve casualmente un caballero uruguayo, cuyo nombre no se ha hecho público, y que envía en carta familiar una noticia de la entrevista: "Encontré a Rodó de regreso de París. (El que que regresaba, conviene aclarar, es el autor de la carta). Viene huyendo del frío, me dijo, y seguirá al sur de Italia. Tal vez llegue a Sicilia. Me pareció que este amigo no se encuentra nada bien de salud. Está muy delgado y tiene un gran resfrío. Me dijo que se le había reproducido el ataque de influenza y bronquitis que tuvo antes de salir de Montevideo. Rodó ha pasado ya dos semanas en Montecatini, donde fue asistido por el doctor Petroschi, de Florencia. Aunque parece tener una circulación defectuosa, no hay vicios de sangre que él temía, y el corazón anda bastante bien. Lo único que le molesta es el resfrío, con mucha tos, aunque espera ponerse bien así que llegue al clima de Nápoles".

En Turín visita al Dr. Emilio Perro. Cabe deducir de éstos y otros testimonios que seguramente algo más que fuerte resfrío preocupaba a Rodó, tal vez la repetición de las molestias a las vías urinarias. Lo cierto es que ha enflaquecido, que su aspecto es malo. Nunca fue muy cuidadoso de su higiene, y no sólo en el sentido elemental de la palabra. Seguramente que esta habitual desatención a su comodidad — viajando constantemente de un lugar a otro, parando en hoteles de segunda categoría, comiendo mal y sin orden — debe haber ido minándole la salud, debilitándolo, dejándolo sin defensas.

#### ★ EN EL CORAZÓN DE LACIO

El 5 de diciembre llega a Tívoli, que recuerda en una de sus crónicas más elaboradas. Una quietud horaciana le apodera de Rodó en esta her-

# José E. Rodó, el Viajero Solitario y

mosa región. Visita la "villa" del cardenal Hipólito de Este y la describe en cuidada prosa a la que agrega este toque personal: "Cuando yo tenga una casa de campo (en alguno de los mundos donde pienso renacer) ordenaré a mi arquitecto que me construya uno de esos órganos donde el agua canta al fluir en alegres juegos". El paréntesis indica, dentro del discreto juego intelectual, como un elegante presentimiento de que en este mundo no le quedaban ya muchos días para planear (o poseer) villas. La nota está escrita mucho después de la primera visita (en enero de 1917). Ya entonces la enfermedad se ha hecho constante compañera.

El 9 de diciembre Rodó se decide a llevar un sobrio *Diario de salud*, paralelo al de viaje en que ha ido arrojando rápidamente sobre el papel sus observaciones: la materia prima de sus crónicas. Este *Diario*, como el de salud, figura entre los documentos de su *Archivo* que se ha creído oportuno reservar para un estudio futuro. Lo que se ha mostrado de ambos permite asegurar que ni aun en la confianza íntima Rodó cedía a efusiones o se abandona al detallismo descriptivo. No había en él nada de Amiel escritor, aunque hubiera (cabe sospechar) mucho de Amiel en su actitud reservada e introspectiva, en ese constante rumiar sobre sí mismo. Pero el estudio de la soledad y la timidez de Rodó exigiría el examen de un material que por ahora debe quedar intacto.

Ya está en Roma el 20 de diciembre. En la ciudad imperial se instala por dos meses y desde ella realiza alguna visita a Tívoli. Entonces se encontraba el escultor Zanelli terminando la monumental estatua ecuestre de Artigas que habría de ser colocada en la Plaza Independencia de Montevideo. Rodó visita el taller del artista, aprueba y se muestra visiblemente emocionado. En una carta privada a Juan Antonio Zubillaga (y de la que sólo se ha hecho pública esta frase) habla de que se siente dominado ya por el "mal de patria", por la nostalgia del país que algunos meses antes había abandonado con declarado alivio. Pero él mismo había anticipado (en carta a Joaquín de Salterain, junio 12, 1911) este sentimiento en apariencia contradictorio: "La patria es la patria; y la distancia idealiza todas las cosas, lo mismo en el espacio que en el tiempo".

El fin de año lo encuentra en la capital de Italia (que es también la del Imperio Romano y de la Cristianidad latina); allí resume Rodó su interrumpida meditación americana en una crónica en que se mezcla la saudade de la patria chica con ese ideal, tan suyo, de la magna patria continental. Allí trabaja en forma sostenida (cinco de sus crónicas de viaje están fechadas en la ciudad imperial); allí reflexiona sobre el espectáculo de las ciudades europeas como centros de civilización y anota: "Formar ciudades, ciudades con entera conciencia de sí propias, y color de costumbres, y sello de cultura, debe ser uno de los términos de nuestro desenvolvimiento".

#### ★ DE LA PATRIA CHICA

Pero ni la visión de las grandezas europeas ni el sueño de una América del porvenir, le distraen totalmente del cuidado por las menudas incidencias de un combate político que se iba agriando cada vez más en nuestra tierra. En las tarjetas que escribe al Dr. Lago (su compañero de las primeras horas en el movimiento juvenil de unificación del Partido Colorado, su colaborador en la fundación del Club Libertad, su correligionario en la lucha anticolegialista), en las palabras breves pero intencionadas de su correspondencia con el Dr. Lago se puede seguir el curso de sus desvelos. Y en carta a Joaquín de Salterain (cuyo libro de poemas, *Intimidades* había prologado muy elogiosamente

en 1912) también muestra su preocupación constante por la política nacional. Le escribe en febrero 16 de 1917: "Sigo desde aquí, con el interés que Ud. se figurará, el desenvolvimiento de las cosas del terruño. La reacción producida con el cambio ministerial y confirmada por las elecciones de enero, no modifica mi impresión de que el régimen vencido en las de julio marcha a su liquidación". Y más tarde, cuando reconoce que sus previsiones no habrían de cumplirse de inmediato, escribe (en tarjeta al Dr. Lago de marzo 9, 1917): "...sigo confiando en el próximo porvenir, hoy más que nunca".

#### ★ LA CAUSA DE LA HUMANIDAD

Sin embargo, allí y casi al alcance de su mano había una realidad que debía perturbarlo más hondamente. La Europa que Rodó recorre en esos meses de 1916 y 1917 como viajero de la cultura estaba hundida en la guerra. Es cierto que aquella contienda ("La Gran Guerra") ahora nos parece demasiado respetuosa de las leyes. Es una guerra en que todavía había campos de batalla y en que las ciudades eran casi siempre la retaguardia. El itinerario de Rodó lo pone al margen de la lucha misma. Lo que no quiere decir que permanezca ajeno. En la carta ya citada a Salterain también escribe: "El año en curso, que tanto interesante promete en nuestro país, será también, según todas las probabilidades, el de la solución de esta terrible crisis europea. Cada día que pasa, aparece más claro el horizonte para la causa que conceptuamos de la humanidad y la del derecho. Ha sido inmensa, en Europa el efecto moral de la adhesión americana, y nadie duda ya del visible fracaso del bloque germánico".

En estas palabras de fe se compromete el hombre. Pero más profundas son las que aparecen en tres de sus crónicas de viaje que tienen a la guerra como tema principal. La primera vez que se asoma la contienda es un diálogo que Rodó escucha (o inventa), desde su asiento del tren, las palabras de una mujer de cabellos blancos a una niña vestida de luto:

"—Ve hija mía, que esta Nochebuena nos traerá la paz".

En torno de esa frase teje Rodó su meditación sobre la guerra y la paz, sobre la esperanza que jamás abandonó al hombre: "Cada generación que se va (dice con frase que recuerda, aunque en tono más sutilmente melancólico, algunas de Ariel), deja, como la espuma en la playa, la confesión de su desengaño, y cada generación que viene contesta, con terquedad impenitente y sublime, entonando el himno de la alegría y de la acción. Así se realiza el oculto plan a que servimos, así se mantiene el sortilegio del mundo".

Las otras dos crónicas (*Anécdotas de la guerra . . .*, *Un documento humano*) tratan en forma más directa y descarnada la lucha. En la primera hay una sentimentalidad que está en el mejor (o peor) estilo de Edmundo D'Amicis, a quien se cita en la primera línea. Lo que vale hoy para nosotros es la referencia al mundo que Rodó contemplaba con sus ojos, no la repetición de anécdotas recogidas por un periodista italiano (Giuseppe de Rossi) e inventadas seguramente para consumo de los patriotas. Rodó anota: "A no ser por la oscuridad nocturna de las calles, en previsión de los ataques aéreos, y por las relativas incomodidades de la presentación a la Cuesfura, para la "dichiarazione de soggiorno", nada haría sospechar al viajero que no se vive en tiempo de paz". Y el recuerdo de la patria lejana se interpola como comentario a esta experiencia horrible, más imaginada que vista, de la guerra europea. "¡Cuánta mayor tristeza he visto yo difundirse en la atmósfera de Montevideo, durante nuestras "temporadas" de guerra civil, que en el ambiente de estas ciudades italianas, hasta cuyas

puertas llegan las llamaradas del más atroz encendido de guerra que hayan presenciado, ni acaso puedan presenciar, los siglos!"

De otra entidad es el artículo que se titula *Un documento humano*. En él se transcriben algunas páginas de un cuaderno de memorias de un oficial austriaco hecho prisionero por los italianos. El oficial se volvió loco; el cuaderno fue a dar a manos de algunos turineses que facilitaron a Rodó su lectura y parcial transcripción. El humor agrio, el horror y la brutalidad de la guerra, su sinsentido, aparecen en las páginas que el escritor traduce y ofrecen un marcado contraste con las anécdotas del otro artículo. Aquí se toca la realidad menos glorificada de la guerra, su asco. Hay como una anticipación de esa literatura de postguerra que habría de inundar el viejo mundo y de la que todavía no se ha salido. Pero Rodó sabe que esto no es literatura sino testimonio. Por eso cierra sus transcripciones con esta reflexión:

"La parte más interesante — si bien rara vez lograda — de la historia, no es la que se escribe con el pensamiento puesto en el juicio de los otros aunque estos "otros" sean la posteridad. Es, o sería, la de las confesiones personales que actores y espectadores escribiesen con la absoluta sinceridad del testimonio íntimo y sin pensar que existen en el mundo imprenta y literatura. ¡Cuántas "impresiones" como esas que la casualidad ha puesto en mis manos podrían recogerse en cartas que se perderían para siempre ignoradas, en "diarios íntimos" que se rasgarán cuando pasada la situación de ánimo a que sirvieron de expansión y consuelo! ¡Cuántas más quedarán sin signo escrito y sólo sobrevivirán precariamente a favor de la tradición doméstica! ¡Y qué preciosa luz derramaría un archivo de esos humildes e ingenuos "documentos humanos", para el hombre del porvenir que se proponga desentrañar la realidad oculta en el fondo de este momento extraordinario de la historia del mundo!"

La guerra, parece haber comprendido Rodó, no está sólo en las grandes o pequeñas acciones heroicas sino en esa violación del alma y de la persona de que ese documento humano que transcribe y comenta es horrible ejemplo.

#### ★ NÁPOLES. LA ESPAÑOLA

El 21 de febrero de 1917 se encuentra ya en Nápoles, meta de su huida hacia el sol. A la española, como la llama en uno de sus artículos, dedica páginas de hondo elogio. Rodó era profundamente hispánico; por debajo de las capas de cultura latina, estaba el español, arraigado profundamente en él y pronto para saltar ante cualquiera de los signos de su rica tradición. El artículo en que registra sus impresiones se convierte en un canto a la España civilizadora. Y por una sutil asociación de la simpatía, en los ragos hispánicos de Nápoles reconoce Rodó a su tierra natal: "Nápoles se asemeja, se enriquece, se educa, pero no se descaracteriza. En lo bueno como en lo malo, continúa siendo esencialmente española. Y con decir que es sustancialmente española, dicho está que participa de Hispanoamérica, afinidad que aparece de relieve si se establece la comparación con aquellas partes de América cuyo desenvolvimiento, menos impetuoso y acopiador, ha mantenido relativamente intacto el núcleo original. Yo he sentido despertarse y sonreír mi velado instinto criollo reconociendo en las calles de Nápoles cosas que me parecían del terruño, líneas y matices de mi ciudad nativa, en lo que ésta tiene aún de característico, de tradicional, de pintoresco; semejanzas que compleja la imaginación con la curva armoniosa de la bahía, cuya entrada custodia, como un "Cerro" agigantado y flamígero, el Vesubio."

Estas correspondencias, que el amor

# Silencioso

# COLIN WILSON, DIOS SIN CULTO

a la patria facilitan, le hacen recordar las palabras de un amigo sevillano, don Francisco Orejuela, que opinaba terminantemente:

—No hay más que tres ciudades en el mundo: Nápoles, Sevilla y Montevideo.

Desde Nápoles visita Sorrento y Capri y Castellamare, a las que dedica penetrantes crónicas. Pero la enfermedad ha ido creciendo: es un resfriado fuerte, pero también es un debilitamiento general, y es una nefritis. Rodó decae visiblemente; su cuerpo está minado, expuesto a cualquier ataque. Sigue sin embargo su trabajo; no quiere reconocer la delicadeza de su estado. Escribe febrilmente, como con prisa por fijar tanta observación hermosa, tanta reflexión madura. Algunas palabras de sus crónicas adquieren al ser leídas ahora un sentido premonitorio, hasta siniestro. Así parece dejar caer una veladísima alusión personal cuando llama a Sorrento la "ciudad preferida de los convalecientes", o cuando se muestra en Capri a la salida de la Gruta Azul, "tendiendo en el fondo de la barca en la actitud de un cadáver en su féretro".

## ★ LA ULTIMA ETAPA

Ya había comunicado a aquel desconocido amigo con quien se encuentra en Milán su propósito de visitar Sicilia. El 3 de abril llega, enfermo, a Palermo y se hospeda en Hotel des Palmes, el mejor de la ciudad, en una habitación (Nº 215) con balcón sobre el jardín. Allí escribe su última crónica, que queda inconclusa entre sus papeles y sólo habrá de publicarse en La Nación de Buenos Aires en diciembre 24, 1922. Nada hace reconocer en ella el estado agónico en que el escritor se encontraba al redactarla. Para sus escritos reserva Rodó, hasta lo último, esa fuerza, ese optimismo más saliente. Sólo muestra la pluma blanca del pájaro negro (como había escrito en una página autobiográfica). Y cuando no puede escribir más detiene la mano y calla, dejando inconclusa una frase en que se describe la caída de la tarde, con el sol incendiando la bahía: "Y la imaginación ve que pasa por el mar de la Odisea la barca de Ulises".

Julian Nogueira publicó en El Día (enero 28, 1920) una minuciosa crónica de sus últimos días — crónica que ha sido controvertida en algunos aspectos pero que sin embargo parece verídica en otros —. De acuerdo con la investigación por él realizada poco después de la muerte de Rodó, y basándose en el testimonio de los libros del Hotel y del recuerdo de quienes asistieron a las últimas horas del escritor, puede reconstruirse la lamentable historia. El día de su llegada Rodó cenó únicamente leche y agua mineral, lo que hace suponer que ya no se sentía bien. Esta fue la única comida que pidió durante toda su estancia allí.

"Los días siguientes a su llegada (continúa Nogueira), tomó algunos huevos pasados por agua, café y agua mineral, fuera de los desayunos habituales al levantarse. Esas frugales meriendas siempre se efectuaban entre las horas de la comida, suponiendo los dueños del hotel que no comía nada fuera de casa. Nadie sabía quién era y con nadie, absolutamente con nadie, hablaba sino lo estrictamente necesario para solicitar alimentos. A veces pasaba largas horas en el hall del hotel delante de una taza de caldo y de una copa de agua, ensimismado, con la vista fija en un punto determinado y sin pronunciar una palabra. Salía del hotel todos los días envuelto en un jaquet raído que había perdido su color primitivo y que mostraba su forro descosido en los faldones, casi siempre con un paraguas bajo el brazo y con un evidente aspecto de completo abandono de su persona; la barba crecida, lleno de manchas, cubierto de polvo, que jamás sacudía y metido en unos botines que nunca hizo lim-

★ COLIN WILSON es el nombre de un joven inglés (25 años) que ha conquistado hace poco súbita fama con un libro de ensayos más o menos filosóficos (The Outsider o sea el Alienado o el Extranjero es su existencialista denominación) y con una conducta nada filosófica. Wilson ha reunido en su libro toda clase de diatribas (muchas ajenas) contra el mundo tal como es. Y ha coronado sus hazañas verbales con algunas prácticas que ya han escandalizado bastante a sus compatriotas y divertido a los lectores del norte de

América. Hace unas semanas mientras Wilson platicaba con su único y verdadero amor, Joy Stewart (25 años declarados), el padre de ésta, armado de un látigo, la madre con un paraguas, y dos hermanos de la niña, irrumpieron en el apartamento de Wilson y empezaron a castigarlo sólidamente al compás de "El juego ha terminado" e "Irán al infierno". La conducta poco flemática de estos británicos se explica si se considera que Wilson tenía esposa e hijo legítimo unas quince millas cerca del lugar del hecho. Cuando la

policía llegó para salvar al alienado y a su amada, encontraron que una de las pruebas más importantes contra Wilson era su propio Diario en que se leían afirmaciones como éstas: "Como James Joyce y los Dadaístas (...) he deseado siempre ser adorado (...) Viviré más de lo que ha vivido nunca ningún hombre. Soy el hombre más serio de mi tiempo". El agresivo Sr. Stewart sostenía que estas frases sólo significan una cosa: que Wilson está loco como una cabra. La Sra. de Wilson, por su parte, al ser interrogada por la prensa,

afirmó que son verdaderas, que su marido siempre deseó ser adorado y que ella mismo se había sentido tentada muchas veces de tratarlo con el mismo remedio que había encontrado el Sr. Stewart, "sólo que (agregó) cuando más se le amenaza. Colin se vuelve más obstinado". Para demostrar su obstinación, y el poco efecto de los latigazos, Wilson y Joy Stewart huyeron juntos a los Estados Unidos con esperanza de obtener un divorcio para que el alienado (o extranjero) tenga al fin su culto oficial.

piar. Todos los días se retiraba de noche muy temprano. Durante toda su permanencia de casi un mes en el hotel, no ordenó un solo baño. Y a menudo su exterior era tan poco aseado que los dueños del hotel pensaron en más de una ocasión pedirle la pieza, deteniéndolos siempre una especie de respeto intuitivo que les imponía la obligación de estarse a distancia, considerando que debajo de aquel hábito sucio y viejo, se ocultaba una persona llena de dignidad, quizás de gran valor, reducida a aquel estado quien sabe por qué circunstancias infelices. Le tenían por un misántropo, por hombre raro y pudiente, quizás por un avaro que por equivocación hubiera caído en el primer hotel de Palermo".

Otros testimonios anteriores han certificado el descuido general de Rodó, su desaliño externo, aun en una ciudad como Montevideo en que era tan conocido. El viaje, la soledad y esa enfermedad reserva, acentuaron sin duda este aspecto de su personalidad. La crónica de Nogueira, al entrar en estos detalles, no rebaja sin embargo la dignidad de Rodó. Hace más patética e indefensa su figura, pero no la disminuye. Ni siquiera cuando entra en algún detalle que he creído oportuno suprimir ya que parece sólo producto de conjeturas apresuradas.

"Su edad podía oscilar alrededor de los 70 años. Tenía, en realidad, 45 años, (...) Desde el día 24 no salió para nada del hotel y, por lo tanto, puede establecerse con toda precisión que apenas se alimentaba, deduciéndose de ello y de los datos expuestos que ya su organismo estaba del todo abaido por el mal que lo minaba. En estas condiciones, verdaderamente trágicas, desarrollándose no se sabe qué terrible drama en su alma, pasó José Enrique Rodó con ligeras variaciones de detalle, los días entre el 3 y el 28 de abril de 1917. Fue en la mañana de este día, cuando al llevarle la camarera su desayuno, Rodó le dijo que se sentía mal. Sin embargo, se levantó, y permaneció en el hotel sin decir más una palabra hasta el día siguiente. El día 29 repitió a la camarera que sufría, todas las veces que ésta fue a ver si necesitaba algo, pues no se levantó de la cama ese día. A la hora 19 llamó a la camarera a quien dijo que estaba muy mal y que quería el médico. El doctor Sapuppo vino a la hora 21 y 15, encontrando a Rodó que se retorció en la cama presa de grandes dolores y quejándose a gritos. Algunos clientes del hotel, entre ellos el general Elia y la princesa Baucina de Palermo, que acudió con una bolsa para agua caliente; se habrían puesto a disposición entera del enfermo y con los medios caseros a su alcance trataban de mitigar los dolores de aquel desconocido que tanto les había interesado, a pesar de la impresión desfavorable que en el mal observador podía provocar su descuidado aspecto exterior. El doctor Sapuppo no pudo ya interrogar al enfermo y sólo evidenció que se trataba de algo muy grave, sin poder precisarlo. Dijo que podía estar atacado de meningitis y aconsejó llevarlo al hospital sin per-

der tiempo. El copropietario del hotel, señor Marcucci, salió de inmediato a buscar una camilla y a la hora una del día 30 de abril lo transportaba él mismo en un carruaje y en medio de la absoluta oscuridad de la ciudad en tiempo de guerra, al hospital San Saverio. Manifiesta el señor Marcucci que durante el trayecto es indecible lo que Rodó debe de haber sufrido, a juzgar por lo que se quejaba, sin poder hallar posición cómoda y ya en estado comatoso. El médico de guardia en el hospital diagnosticó, en dudas, meningitis cerebro espinal. Lo colocaron en la sala de entrada y a la hora 10 y 30 el médico de la sala a que fue conducido lo examinó detenidamente, indicando que se hallaba en estado comatoso, casi agónico, con fiebre alta, que el caso no tenía remedio y que la enfermedad debía ser tífus abdominal y nefritis sin poderlo determinar completamente. El resto del día 30 de abril lo pasó Rodó sin dar señales de lucidez, y a la mañana siguiente, a la hora 10 del día 1 de mayo de 1917, falleció. Sus últimas palabras fueron las que se le oyó decir: "Grazia, dolore".

No existía representante diplomático uruguayo en Sicilia y se encargó al Dr. Juan Cuestas (ministro del Uruguay en Londres) que investigara las causas de la muerte. El informe oficial que él firma señala que Rodó murió de tífus abdominal y anota: "Fue atendido con todos los recursos de la ciencia. Se libraron actas de embalsamamiento y depósito de sus restos. Se hizo inventario de los efectos, dinero, papeles y libros de propiedad del extinto". Entre sus bienes se encontraron obsequios para sus familiares y amigos, bastante dinero, ropa nueva y limpia. La situación bélica impone que se le entierre, sencillamente, en el cementerio de Palermo, a la espera de la repatriación de sus restos.

## ★ LA APOTEOSIS

La noticia de su muerte llegó a Montevideo en la tarde del 3 de mayo, en momentos en que se realizaba una gran manifestación estudiantil provocada por una huelga. Las bochas de los diarios, anticipando la gravedad de la noticia, reunieron al público junto a sus pizarrones, generalmente monopolizados por las noticias de guerra. Al saberse que había muerto, cesó el bullicio de los manifestantes los que, después de un pequeño acto oratorio, se dispersaron. En uno de los pizarrones de los diarios su hermano Eduardo lee la dura noticia; durante algún tiempo se la ocultan a la madre, anciana y enferma.

Comienza la apoteosis. Concluida la guerra, el gobierno (presidido entonces por el Dr. Baltasar Brum) envía una delegación oficial al mando de D. Antonio Bachini —que fuera amigo y compañero de luchas políticas— a traer sus restos. Sus funerales (febrero 27, 1920) fueron solemnes. El poeta Zorrilla de San Martín pronunció un discurso en nombre del presidente de la República; allí evocó su viaje a Chile, juntos, y el triunfo continental del

discurso pronunciado por Rodó en el Congreso. Todos quisieron asociarse al homenaje. El cuerpo fue velado por el pueblo en la explanada de la Universidad. Ya pertenecía a la historia.

## EL LIBRO ARGENTINO NO PAGUE UN CENTESIMO MAS

SIEMPRE "EL LIBRO ARGENTINO" LE OFRECE **TODOS LOS LIBROS** AL MISMO PRECIO QUE EN BUENOS AIRES

### NOVEDADES Y REPOSICIONES

SAROYAN. — Teatro .. \$	4.40
MAY. — El lenguaje del cine ..	4.95
ALEXANDRE. — Españolas como labios ..	1.65
ANOUILH. — Ornible. — Col. Losange ..	1.76
IMBELLONI. — La esfinge india ..	15.40
MORAVIA. — El desprecio ..	3.85
PAVESE. — Noche de fiesta ..	3.85
PAYRO. — Picaso y el ambiente artístico ..	4.62
PATROLINI. — Metello ..	4.40
KAISER. — Gas. — C. de Tespis ..	1.32
ZEVI. — Historia de la arquitectura ..	30.80
ZEVI. — Saber ver la arquitectura ..	7.70
Diccionario Pequeño Larousse ilustrado ..	13.20
HOMO. — Historia de Roma ..	19.25
SCIACCA. — Historia de la filosofía ..	19.80
CARMICHAEL. — Manual de psicología infantil ..	62.70
ALBORNOZ. — España un enigma histórico ..	53.90
ROLLAND. — Juan Cristóbal. — 10 ts. ....	17.20
ROLLAND. — Juan Cristóbal. — 2 ts. — Pieje ..	33.00
CUVILLIER. — Manual de sociología ..	11.00
TOYNBEE. — Estudio de la historia. — 5 ts. ....	72.60
D'AMICO. — Historia del teatro. — 4 ts. ....	130.00
MALRAUX. — Las voces del silencio ..	46.20
MEOLI. — Picaso. — Ilustrado ..	33.00
Colección Austral \$ 0.77 y "	1.10

TRAEMOS EL LIBRO QUE UD. NECESITE AL PRECIO MAS CONVENIENTE

CREDITOS A SOLA FIRMA. — ENVIAMOS CONTRA REEMBOLSO

San José 1084, casi Paraguay Tel.: 3 37 07